SEGUNDA PARTE

V

Había baile en casa de Samuel Bernheimer. Su hija, la princesa Feretti, ayudada de su marido, guapo mozo, de cabeza de tenor italiano, hacía los honores del hotel de la avenida Montaigne. Todo lo que París contaba de gentes ricas y tituladas, de artistas ó de *sportsmen* estaba reunido en el suntuoso piso bajo, cuyos seis salones, en fila, ofrecen, para una recepción, la decoración más admirable que haya podido soñar la fantasía de un financiero pródigo. El gran salón Luis XIV que forma el centro del hotel, con su elevado techo, sus dorados balcones y su cúpula decorada con preciosas pinturas de Lebrún, compradas cuando la demolición del castillo de Prefond, es de un efecto grandioso. Aquella noche la orquesta, colocada en la cúpula, dejaba caer sus melodías en ondas sonoras, en medio de los resplandores de la luz eléctrica. Una multitud animada y riente rodeaba á los que bailaban girando con un *fru fru*

de seda, un abigarramiento de colores, fraques rojos y fraques negros, trajes claros y oscuros, blancos hombros, cabelleras que se estremecían al compás del vals, ojos brillantes en la embriaguez del placer.

A la entrada, de pié al lado de su padre, la princesa, con su amable fealdad, acogía con una sonrisa y una palabra graciosa á los recién llegados, porque, aunque eran las dos de la madrugada, llegaban todavía. Y es que aquella fiesta no era sólo un acontecimiento de sociedad, al cual ningún parisién de clase podía dispensarse de asistir, sino además un acontecimiento financiero. Tratábase en aquella *soirée* de consagrar, por una demostración importante, el triunfo, enfrente de la Bolsa, del *Comptoir Francais*, la nueva sociedad á la que el gran mundo había concedido su protección. Todos los duques habían tomado acciones, y el clero había bendecido las oficinas. Afluían los millones, el consejo de administración contaba en su seno los nombres más respetables de la aristocracia francesa. El objeto confesado de la nueva sociedad, era hacer competencia á la alta banca judía, y sostener, con los considerables recursos que debía proporcionar el Banco, la política realista. Un doble programa: derrotar á Israel triunfante en el mercado, y favorecer una restauración monárquica.

Teniendo que elegir un director para la empresa, los fundadores habían creído lo mejor dirigirse á Samuel Bernheimer, judío de origen, es cierto, pero judío convertido, y perteneciente por sus relaciones elegantes y *sportivas* al mundo que debía alimentar con los fondos la caja católico-monárquica. Y para celebrar el *lanzamiento* del negocio, era para lo que el director del *Comptoir Francais* había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

abierto su admirable hotel á sus amigos que eran sus accionistas. Durante aquella *soirée,* que fué un acontecimiento en los fastos del gran mundo, ofrecíase un asombroso espectáculo á las miradas observadoras.

Sentados á la entrada del gran salón, protegidos contra el vaivén de los que bailaban por una columna de mármol, hablaban á media voz dos jóvenes, elegantes, del mismo aspecto, casi del mismo rostro, tan parecido era el corte de sus cabellos y de sus bigotes, y sin embargo, muy desemejantes por el nacimiento, la posición y las costumbres. El uno era el marqués Mauricio de Roquiere, y su ocupación más habitual era la esgrima y montar á caballo. El otro se llamaba Julio Bricolier, y acumulaba al empleo de secretario de Samuel Bernheimer, el de periodista. Mediocre por naturaleza, envidioso por impotencia, malo por placer, Bricolier era la perfecta encarnación del *raté,* resuelto á hacerse una posición aun á costa de un crimen. Bajo apariencias correctas y zalameras, aquel mozo ocultaba una vulgaridad feroz. Era el gomoso más graciosamente peligroso que existía. Algo así como una mano brutal y sucia bajo un guante gris perla.

El marqués y el periodista se habían encontrado en la sala de armas, porque el *sport,* á que se dedicaba Roquiere por placer, Bricolier lo practicaba por oficio: en él el periodista se completaba con el matón. Había que continuar con la espada lo que se había comenzado con la pluma, y á la tinta mezclar sangre. El que hablaba detrás de la columna era Bricolier:

—¿Habéis entrado en la cruzada financiera, marqués?

—¡Oh!—respondió Roquiere—ya sabéis que yo no tengo fortuna..... Sólo lo preciso para ir tirando..... No puedo meterme en especulaciones.

—¿Por qué, si jugáis á golpe seguro?

—¿Pero es posible eso de jugar á golpe seguro?

—Sí, cuando se está en la partida de un hombre que conoce su juego y el de los demás.

—¿Y ese hombre es Samuel Bernheimer?

—Sí, Samuel Bernheimer, mi glorioso patrón. Yo, de esta vez, atrapo mis 30.000 libritas de renta, desengancho mi caballo que comienza á cansarse, y vivo como un buen burgués, despreciando á mis antiguos camaradas.

—Lo cual es el principio de la dicha—dijo el marqués riendo.

—Sí—respondió seriamente el periodista—para un hombre que ha sido siempre despreciado, ¿hay nada más dulce que despreciar á su vez?

—Temo que no sois bueno, Bricolier—dijo Roquiere—mirando de arriba abajo á su interlocutor.

—Yo también lo temo, marqués—respondió el periodista con una débil sonrisa.—Pero si tuviérais en vuestros cajones todas las facturas que yo he pagado en la carnicería especial de la vaca rabiosa, estaríais menos placentero por vuestra cuenta, y menos asombrado por la mía. Razonáis como un hijo de familia que no ha hecho otra cosa que comerse su legítima. Yo hablo como un soldado del ejército de los descontentos, que ve al fin aproximarse la hora de la victoria y del reparto del botín. Ni más ni menos, querido amigo.

—¿Y creéis que este asunto del *Comptoir Francais* tendrá éxito?

—Sí, marqués, indudablemente. Y durante todo el tiempo necesario para que los que se compro-

metan en él con la idea preconcebida de realizar un beneficio y no de cambiar el eje del mundo financiero, puedan retirarse y pasar el paquete de títulos á los cándidos que están destinados á conservarlo.

—¿Y quiénes son esos cándidos?

—¡Las gentes del gran mundo!

—Pero esos que decís son mis amigos, mis parientes, mis camaradas.

—¡Bah! No vayáis á gritar: «¡A las armas! ¡Que degüellan á mis hermanos!»—interrumpió Bricolier riendo.—Aprovecháos vos del aviso..... Pero, por lo demás, soy bien bueno con recomendaros la discreción. Andad, publicad lo que acabo de deciros..... Gritad todo lo que queráis..... Nadie os creerá..... Ni siquiera os escucharán..... Hoy han tenido las acciones cien francos de alza..... Mañana subirán otro tanto, y los días siguientes, hasta que esto se venga abajo. Los tenedores de títulos á quienes aconsejárais vender, os tratarían de mal amigo y os acusarían de querer impedirles hacer fortuna..... Esas gentes han visto el alza..... y están fanatizadas.

—¡Y luego, después de todo, acaso será bueno el negocio!

—¡El azar es tan grande!—concluyó alegremente el periodista.

El marqués no escuchaba ya; miraba con toda su atención á la puerta de entrada.

—¡Ah! Ahí está la condesa de Ploerné—exclamó Bricolier.—Os ponéis colorado, marqués..... ¿Por qué?.... ¡Ah! ¡Ah!.... ¡Amigo mío, he ahí el defecto de vuestro corazón!.... ¡No sois un especulador, sois un enamorado!.... No os defendáis..... Todo París sabe que ardéis en una llama

tan infiel como pura..... ¡Hermosa mujer, por lo demás! ¡Tenéis buen gusto!

—¡Sois odioso, Bricolier!—dijo con agitación Roquiere, que se había puesto pálido.....—Y os tomáis unas libertades.....

—¡Las misma que vos!—interrumpió bromeando el periodista.—¡Vamos! Ya sabéis que os quiero y que no puedo hacer nada que os moleste..... Esperad á que tome la descripción de la *toilette* de la divina condesa para el periódico..... Traje piel de seda verde Nilo, guarnecido de encajes de plata..... Decid, marqués, ¿verdad que valen lo menos doscientos mil francos las perlas y diamantes que lleva encima?.... Allá va mi ilustre patrón á recibir á Lydia..... Vamos á saludarla.

Samuel Bernheimer acababa de ofrecer su brazo á la señora de Ploerné, y atravesaba lentamente por entre la multitud, en medio de un halagador murmullo de curiosidad. Raimundo les seguía los pasos, sonriendo y cambiando saludos y apretones de manos. Al llegar á la puerta del saloncito oriental, el banquero se detuvo:

—¿Dónde deseáis establecer vuestra corte, condesa?—preguntó muy obsequioso.

—Donde queráis. Aquí mismo—contestó tranquilamente Lydia.

En aquel encantador rincón, decorado con una fantástica brillantez, instalaba, de ordinario, Bernheimer su fumadero. Una escalerilla que conducía á una galería baja, de arcos calados y esculpidos, unía el salón oriental al primer piso. Linternas de vidrios de colores, parecidas á enormes flores, esparcían por la pieza una luz cambiante. El sonido de los instrumentos y el rumor de la fiesta morían en los pliegues de pesados cortinajes. Entraban pa-

rejas buscando un poco de tranquilidad, y luego, arrastradas otra vez por el atractivo del baile, por el resplandor de las lámparas y el tumulto de las orquestas, se perdían, de nuevo, en el oleaje de los convidados. Formábase ya, detrás de Samuel y de la condesa, una numerosa escolta. Apenas sentada, Lydia se vió rodeada, y acogió sonriente á sus cortesanos.

Como había dicho el banquero, era una verdadera corte la que iba á tener la joven. Hacía un año que estaba casada y que había hecho su aparición en el gran mundo, y desde entonces su reputación de belleza y de elegancia había ido creciendo siempre. No se la nombraba la hermosa condesa de Ploerné. Este calificativo, dado con frecuencia muy ligeramente en estos últimos años, habría parecido en este caso casi un diminutivo. Ella valía más, y la condesa de Ploerné, á secas, decía más que todos los ditirambos dirigidos en los periódicos á las falsas bellas. Para expresar la maravilla que era Lydia, habría sido preciso un título único, y no pudiendo consagrarla emperatriz ó reina, se le dejaba su título sencillo «La condesa.» Esto bastaba. No había más que una, y era ella.

En un año se había puesto resplandeciente y soberbia. Su gracia juvenil había adquirido un magnífico desarrollo. Se habría dicho que había crecido: sus hombros y sus brazos de mármol tenían una elegancia incomparable. Cuanto á su rostro, seguía siendo el de otro tiempo, con su aterciopelada piel de fruto exótico, sus ojos lánguidos, y la voluptuosa sonrisa de su boca de blancos dientes. Los más viejos Tenorios no recordaban haber admirado, en toda su carrera galante,

ni siquiera en el mundo del amor profesional, parecida obra maestra viviente.

Ploerné no había cambiado: era siempre el hombre apasionado y un poco sencillo que no veía más que por los ojos de Lydia. Parecía tener por función en la vida hacer lo que quisiera su mujer. Seguíala con una mirada enternecida, enorgulleciéndose con sus éxitos, gozando con su encanto, dispuesto á todo por complacerla, y casi paternal con aquella niña mimada. El marqués y Bricolier habían conseguido al fin deslizarse hasta cerca de la condesa y encorvados, rendían homenaje á su soberanía. Ella, muy graciosamente indiferente, habíalos acogido con un movimiento de cabeza, y había seguido hablando con Bernheimer, sin parecer reparar en el aire desolado de Roquiere. El periodista, girando sobre sus talones, murmuró con acento burlón:

—Me parece que no conseguís nada... Ni yo tampoco, por lo demás... No atiende más que á ese saco de millones... ¿Queréis un buen consejo?... Haceos amigo del marido.

Lydia, detrás de su abanico, decía entretanto de manera que no fuese oída más que por el banquero:

—¿De modo que estáis satisfecho de la Bolsa de hoy?

—Y creo que vos participaréis de mi satisfacción: ganáis doscientos mil francos.

—¿En tan poco tiempo?

—El tiempo que otros han tardado en perderlos... Pero vuestro marido gana más que vos.

Un ligero pliegue surcó la frente de Lydia y de sus ojos brotó una mirada maliciosa.

—Yo le doy las indicaciones que me proporcio-

náis... Es una dicha para él que vos estéis en el asunto... Si por casualidad os engañáseis un día...

—No me engañaré... ¡Pensad que se trata de vos, de vuestro bienestar, de vuestro lujo, de vuestra felicidad!... ¡Me es tan precioso todo esto!... Si supiéseis...

Se ponía rojo, y las palabras se enredaban en sus labios. Lydia le interrumpió secamente:

—¡Vamos, Bernheimer, que vais á decir tonterías!

Miró al banquero con aire de irónico desdén, y, levantándose, pasó por delante de él, que la seguía muy contrariado, diciendo:

—Voy á bailar.

Y volviéndose á Roquiere:

—Ahora, marqués, os toca á vos.

Y cuando Mauricio se adelantaba, radiante, presentándole el brazo, añadió, sonriendo á Bernheimer:

—Os dejo á mi marido: consolaos los dos.

El banquero hizo un gesto. Pero la joven, lijera y graciosa, entraba ya en el salón vecino. Ploerné se había apartado instintivamente del bullicio de la fiesta, y, apoyado en el quicio de la puerta, miraba á las parejas girar arrastradas por el movimiento del vals. El banquero miró desdeñosamente á aquel soñador y siguió á la condesa; Raimundo parecía muy atento, pero las vagas formas que pasaban no ocupaban su pensamiento. Estaba bien lejos de aquella fiesta. Veía otro salón, tranquilo y silencioso, y era el de su casa. Iluminado dulcemente por las lámparas, calentado por un buen fuego, era muy á propósito para las veladas apacibles. Sobre un pequeño sofá de blandos almohadones, dormitaba la señora de Saint-Maurice. Y al lado de la mesa, trabajando en un delicado bordado, justamente lo que se necesitaba para que sus blancos dedos pareciesen ocupados, estaba sentada Lydia. El, haciendo como que leía, se perdía en una deliciosa contemplación. Ni un ruido; sólo el tic-tac del reloj. ¡Y qué tranquilidad de espíritu, qué seguridad de corazón!

Así era durante los primeros tiempos de su matrimonio. Luego, de pronto, había cambiado la existencia. La sociedad se había apoderado de ellos y no les había devuelto la libertad. Poco á poco se habían hecho raras las noches pasadas al amor de la lumbre, y ahora la excepción era quedarse en casa. Entonces era visible el aburrimiento de la condesa, que arrastraba su mal humor sobre las butacas del salón. La señora de Saint-Maurice, feliz con tener á su lado á su hija algunas horas, sostenía la conversación con Raimundo para animar, hasta la alegría, el triste humor de Lydia. Pero eran infructuosos los esfuerzos del marido y de la madre, y la joven bostezaba, lejos del mundo, en el cansancio de los bailes precedentes, sentido de pronto. Y sin disimular su estado, acababa por huír á su cuarto, donde se hacía desnudar despacio por Leila.

Desde que era marido de Lydia, Raimundo se esforzaba en estudiar á la joven. Al principio, la locura de su pasión lo había arrebatado, impidiéndole razonar. Entregado por completo á la dicha de poseer á la que amaba, no estaba en estado de sentir otra cosa que el encanto de amar. Se había entregado con trasporte, y su embriaguez fué tan ardiente que pudo creerla compartida. Sin embargo, no había podido continuar haciéndose ilusiones: la frialdad de la que estrechaba apasionada-

mente entre sus brazos, le había helado. Bruscamente tuvo que confesarse que los sentimientos experimentados por Lydia no concordaban con los que él experimentaba. Todo su fuego no conseguía deshelar aquella hermosa nieve. Y cuanto más se empeñaba en calentarla con su ardor, en comunicarle su pasión, más impasible é inerte la encontraba.

Asustábase por momentos, adivinando en ella como una sorda resistencia. Jamás había vuelto á encontrar en los labios de su mujer el apasionado beso que su prometida le había dado la víspera de su marcha. Todavía sentía la quemadura en la boca; y trataba de volver á experimentar la deliciosa sensación de completo abandono que había experimentado aquella noche. Exaltábase, pero se exaltaba solo. El amor de Lydia, perseguido por él, le huía siempre. La poseía, pero no la animaba. Y sufría con ello cruelmente. Algunas veces había sentido á la criolla estremecerse en sus brazos, como si fuera á entregarse; pero se habría dicho que una misteriosa influencia, una voluntad, manifestada de pronto, detenía el hervor de la savia y calmaba los sentidos prestos á conmoverse. La mujer, palpitante un momento, se quedaba otra vez insensible, y, casi cansada, prestábase á los deseos de su esposo, pero no cedía á la voluptuosidad de las caricias.

Raimundo se había dicho con amargura: «¡No me ama!» Luego, en un retorno de su indulgencia, había añadido: «Puede amarme, pero no tanto como yo la amo. Y el exceso de mi ternura es lo que hace aparecer la suya insuficiente.» Pensó que fatigaría á Lydia y la fastidiaría si se dejaba arrastrar por toda la fuerza de su pasión. Trató de moderarse y calculó cuándo habría querido entregarse sin reservas. Fué desgraciado. Pero, lejos de debilitar su amor, la prueba que se imponía lo redobló. Se acusó de no haber sabido agradar, y no hizo á la joven ni un reproche por su indiferencia. El era el culpable, sólo él. Ella era la divinidad soberana de quien procedía todo el bien y que resumía todas las perfecciones.

Buscó por qué medios podría hacerse más agradable. Había notado el gusto de Lydia por los refinamientos del lujo, y gastó sumas considerables en su instalación en un precioso hotel de la calle Rembrandt. Rodeó al ídolo de un cuadro digno de él. Ella lo aceptó todo sin admiración, como sin reconocimiento. Parecía encontrar sencillo y natural que se ingeniasen para encantar sus ojos.

Acostumbróse á los caprichos costosos, tratando con una inconsciencia, casi con una malignidad salvaje, los objetos más raros y más caros. En un arranque de cólera, había roto y echado al fuego un admirable abanico pintado por Wateau, destruyendo una obra maestra inestimable, como habría hecho con una chuchería de 25 sueldos. Había tenido un perrillo de aguas que, durante quince días, fué el amo de la casa. Dejábale subirse sobre los muebles de su salón, que estaban vestidos con tapicerías de los Gobelinos; y le echaba, para que se los trajese entre los dientes, sus pañuelos guarnecidos de punto de Inglaterra. Después el favorito la había cansado, y, una mañana, fríamente, hizo que le envenenasen en el patio. Aquello era un desprecio de la cosa preciosa; un afán de mutilación, un apetito de destrucción, que asombraba en aquella joven educada en la pobreza y que habría

debido gozar, con más respeto que otra, de las suntuosidades de su nueva vida.

Su madre no podía ocultar su asombro, y Raimundo había tenido que intervenir para evitar que su suegra hiciese observaciones. La anciana señora, instalada en un ala del hotel, que daba al Mediodía, con encantadoras vistas á los jardines, se había resignado al silencio en el interés de su reposo. Ante todo se preocupaba de su bienestar material. Y pronto se hizo á un lado, dejando á su yerno la responsabilidad del desorden de Lydia. Aquel desorden no se extendía al servicio de la casa, del cual seguía teniendo la dirección Leila. Todo lo que no era de la dependencia directa de la condesa de Ploerné funcionaba regular, aunque costosamente. Pero la vida, tal como la comprendía Lydia y tal como se la dejaba llevar su marido, exigía rentas mucho mayores que las de que disponía Raimundo. Y, en poco tiempo, se abrió tal brecha en su fortuna, que comprendió que, al paso que iba, en seis años quedaría completamente arruinado. Esta perspectiva lo había entristecido, y le hizo reflexionar, no sobre el medio de modificar su existencia, sino sobre el de encontrar recursos para continuarla. No soportaba la idea de proponer á Lydia que se reportase. Se la imaginaba frunciendo su lindo entrecejo, y haciendo una mueca con su boca encantadora, cuando él llegara á hablarle de reformas, no en su presupuesto, sino en el presupuesto de ella. Prefería acudir á todos los expedientes antes que afrontar el descontento de la divinidad.

En aquel momento fué cuando se manifestó la intervención de Bernheimer. Raimundo le conocía desde su infancia. Samuel era el padrino de Teresa. Aunque había terminado su asociación con Letourneur, porque los atrevimientos financieros de Samuel no cuadraban á las costumbres algo anticuadas del padre de Teresa, no cesaron por eso las relaciones de los dos asociados. Bernheimer se lanzó en enormes operaciones que le salieron bien. Letorneur continuó la marcha honrada y modesta de su casa tal como su padre la había establecido. Samuel, lanzado en la sociedad vividora, adquirió prontamente las costumbres de sus compañeros, y hasta las exageró como todos los neófitos. Pero supo gastar su dinero; y su prodigalidad y una especie de franqueza que agradaba, le abrieron las puertas del mejor mundo.

Tenía un soto de caza que rivalizaba con los más hermosos de Francia; tenía caballos de carrera, y jamás se había negado á suscribirse con largueza á cualquier institución caritativa. Muy listo, había juzgado á la alta sociedad parisién y comprendido que en cogiéndola por su interés y por su placer, obtendría de ella todo lo que quisiera. Acaso sería despreciado en secreto, pero abiertamente sería aceptado. Aduló, obligó y divirtió á los grandes señores que daban el tono en París; y protegido por ellos, había llegado, después de tres votaciones solamente, á forzar la entrada del Jockey Club.

Era un hombre muy bien reputado y de quien se hablaba ventajosamente en los periódicos. Dióse á la galantería y pagó muy caros sus caprichos. Había conseguido saber vestirse, y llevaba la ropa que convenía mejor á su figura. Se había hecho un tipo. En realidad no se parecía á todo el mundo: era alguien. Cuando asistía al peso en el Hipódromo vestido con un terno gris bien cortado, con un

ramito amarillo ó azul en el ojal, con sus botines blancos, la corbata cuidadosamente anudada alrededor de su cuello alto, su sombrero brillante como un espejo, tenía un aire de jovenzuelo que armonizaba con su cuerpo macizo y su rostro coloradote. Las mujerzuelas le llamaban Sam, pidiéndole alguna propineja, que él daba siempre y concienzudamente. Sus amigos del Club le llamaban Bern. Se experimentaba la necesidad de familiarizarse con él; inspiraba simpatías. Y, sin embargo, cuando quería, tenía un modo de parar á las gentes, mirándolas con sus ojos fríos y claros, que le restablecía en su posición de millonario, buen muchacho, sí, pero de quien no había que abusar.

Desde que Raimundo se instaló en París, habíase mostrado muy asiduo cerca de Lydia. Recordaba el efecto extraordinario que ésta había producido en la Opera. Adivinaba en aquella joven una de las reinas futuras del mundo parisién, y desde el principio se ponía en fila, en el cortejo, para elegir un sitio. Y para tener la ventaja de relaciones familiares con Lydia, adoptó desde luego maneras paternales con objeto de tranquilizar al marido. En su primera visita al hotel Letourneur, el banquero se había asombrado al no ver á Teresa al lado de su tía. Vueltas á París las señoras de Saint-Maurice, y no debiendo realizarse el matrimonio hasta quince días después, aún no habían tenido tiempo de instalarse en el hotel que había comprado el conde de Ploerné. Y Bernheimer las encontraba en casa de Teresa sin Teresa.

Entonces la anciana señora, con el candor de su ignorancia absoluta, contó que su sobrina le causaba la violenta pena de dejarse arrastrar por su vocación religiosa, y que se había encerrado

en el convento de las Señoras de la Pasión para hacer un noviciado de un año y renunciar definitivamente al mundo. ¡Ah! ¡Era un motivo de graves preocupaciones para su corazón verdaderamente maternal! Aquella niña le era tan querida como su Lydia. Pero todos los razonamientos, todas las súplicas habían sido inútiles, y Teresa había realizado su propósito. Por lo demás, era buena y cariñosa como siempre. Había rogado á su tía que se alojase en su hotel y que lo habitase siempre, y hasta había ofrecido cedérselo por escritura, ¡como si fuera posible habitar aquella casa sin la querida niña! ¿No la buscaría allí siempre, sin cesar? ¿No envenenaría su alegría el pensamiento de que mientras ella gozaba y disfrutaba los vastos salones, Teresa se encontraba encerrada en una pequeña y fría celda? ¡No! Había rehusado, y su yerno acababa de adquirir un precioso hotel cerca del parque Monceau, donde se instalarían así que se hiciera el matrimonio.

Mientras que la señora de Saint-Maurice hablaba con una volubilidad y un enternecimiento muy naturales, Bernheimer examinaba á Lydia, y el rostro de la criolla le chocaba por su dura impasibilidad. Ni un movimiento de pena, ni un estremecimiento de piedad. La insensibilidad más completa. Con su perspicacia de hombre habituado á mirar más allá de la superficie de las cosas, á no contentarse nunca con las razones que se le daban y á buscar las que no le daban, Samuel adivinó un misterio en la brusca determinación de Teresa y en el silencio casi hostil de Lydia. Se hizo dar las señas del convento á donde se había retirado su ahijada y se prometió ir allá á buscar la clave del enigma.